

L as ideas sobre la mujer mexicana en el siglo XIX

El pensamiento sobre la mujer mexicana en el Siglo XIX presenta dos temas recurrentes, aunque con diferentes matices y cierta evolución durante todo su transcurso: el sufrimiento y la necesidad de educación.

El sufrimiento específico de la mujer debido a su posición inferior dentro de la sociedad va siendo objeto de una toma de conciencia masculina que, desde principio del siglo, encuentra en los padecimientos físicos y morales el símbolo del sexo femenino, el signo de su misión en el mundo. No hay que olvidar que los tratos a las mujeres se extendían por todas las clases sociales por parte de padres, esposos, familiares o empleadores, aunándose vejaciones e insultos al pudor u ofensas de tipo sexual. Los golpes y las brutalidades, aun en las mujeres de las clases más altas, eran vistos como un fenómeno normal por las propias autoridades religiosas que tramitaban el divorcio eclesiástico, sin ser motivo de asombro y a veces ni aun de reprobación. El mero hecho de señalar esos padecimientos constituía un avance relativo, pues mostraba las condiciones adversas a la mujer que impedían su desarrollo físico, intelectual y moral a la vez que coartaban su libertad para escoger no digamos un estilo de vida, ni siquiera a su marido; el casamiento era prescrito como el destino de la mayoría de las mujeres. Estos autores recalcan que no les era permitido a las mujeres expresar sus sentimientos, y lamentan su dependencia económica y social tan fuerte que al perder un apoyo masculino no se podían mantener a sí mismas y a su familia. Aquí hay que notar que muchas mujeres solas vivían de su trabajo en pequeños comercios o negocios, y algunas damas de la alta sociedad manejaban ellas mismas su patrimonio, pero esto no era lo común. Evidentemente el sufrimiento

fue un rasgo extendido y podemos encontrar dos concepciones generales sobre su interpretación.

La primera se regodea en el dolor, en la lamentación estéril, ponderando la grandeza y la nobleza de la misión de la mujer que sufre, del valor de la expiación y de la redención del género humano por la mujer, herencia de una tendencia del cristianismo que da a la abnegación y al silencio un alto valor moral que se destruye cuando nace la queja y la revuelta. Esta glorificación de la mujer en el sufrimiento se maneja a nivel de ideales y en la práctica se desprecia al ser humano mujer. Se ve reflejada, por ejemplo, en numerosas novelas, en abundantes poemas que hacia la mitad del siglo aprovechaban la hora de melancolía y desesperanza del Romanticismo que encajaban bien en el desencanto moral y social de un país que no había podido cumplir con las promesas de su Independencia y se lloraba sobre las penalidades sufridas por las mujeres en la búsqueda de valores éticos y estéticos, pero nunca con un afán de reforma o de cambio.

La otra posición puede encontrarse en los dos extremos del siglo y se apoya en conceptos derivados de doctrinas firmes y confiadas en su poder renovador a través de la educación, como fueron la Ilustración, el Positivismo o el Anarco-Sindicalismo y las ideas Socialistas.

Tanto a principios de siglo como a finales, la confianza en la educación de las mujeres tenía que difundirse a base de la explicación cuidadosa de las razones por las cuales les resultaba conveniente a la sociedad y a los hombres impulsarla. Los argumentos más sólidos se encuentran en el discurso dirigido a los hombres para solicitar su apoyo paternalista en esta campaña y destruir los temores de verse socavados en su poder y autoridad. Una educación moderada y razonable de las mujeres aportaría

ventajas a los hombres, después haría falta enrollar a las mujeres en los papeles que les preparaba la nueva educación.

Para empezar: el de madres atentas y educadoras de sus hijos. Su misión propiamente dicha no consistía sólo en vigilar a los niños sino en impartirles los primeros rudimentos de instrucción y sobre todo plantar los cimientos de una socialización adecuada a través de una sólida educación moral que, formando mejores hombres y mujeres, alejarían el vicio de la sociedad.

Respecto a la mujeres, el espectro fatal de la prostitución trastorna el pensamiento de todo el siglo sobre los problemas sociales y específicamente femeninos que conducen a ella. La educación sería una medida preventiva aunada al encierro, la disciplina y el trabajo. En efecto, combatir el vicio y establecer una sociedad moral es una de las grandes metas decimonónicas que refleja la ética de las clases dominantes, al querer ordenar al resto de la sociedad según sus propios criterios infundidos a través de la educación y del enrolamiento de las mujeres en el proceso de la transmisión de valores. Este papel fundamental de esposa y madre preceptora de sus hijos va desdibujando el ideal religioso de la monja virgen y dedicada a Dios, para adquirir un matiz diferente al que venían desarrollando tradicionalmente las mujeres. En este campo la religión había tenido un lugar destacado que no podemos analizar aquí, y aunque asistimos a una secularización de la vida cotidiana, la mujer sigue representando a los ojos masculinos el sujeto por excelencia de los sentimientos religiosos, y aún los más audaces libre-pensadores convienen en ello, solicitando más bien la erradicación de la influencia del clero en el ámbito doméstico.

En este discurso que se prolonga a

través de todo el siglo, se advierte que el trabajo de la mujer es un valor moral contra la ociosidad, madre de todos los vicios, y un trabajo en el hogar. Sólo una apremiante necesidad podía conducir a las mujeres a buscar trabajo remunerado y nadie ponía atención en aquellas que siempre habían trabajado para vivir. Sin embargo, después de las lamentaciones sobre la triste condición femenina, va surgiendo el ideal de educar a la mujer para el trabajo externo. No se trata ya sólo de conceder a la viuda o a la soltera pobre medios para mantenerse o ayudar a su familia, sino que se busca incorporar a grandes cantidades de mujeres en la fuerza de trabajo, ya que el desarrollo económico del Porfiriato requería mano de obra dócil y barata en fábricas y talleres y en el viejo sistema de trabajo a domicilio. Poco a poco se necesita a la mujer en el sector de servicios, en la educación, en el comercio y los pequeños negocios. Se le imparte ahora, a partir de los avances educativos iniciados desde la época de la República Restaurada, una educación más tecnificada que le permite asumir nuevas funciones en la sociedad.

Pero bien pronto se ve que la educación sola no es la panacea, pues numerosas mujeres que han hecho el esfuerzo de educarse resultan mal pagadas o sin trabajo. Se toma conciencia de que sea cual fuere la calificación de la persona, el trabajo femenino es siempre peor pagado que el masculino, ya que las formas de explotación se ciñen sobre los más débiles dentro de la estructura social: viejas maneras de explotar en nuevas condiciones de trabajo hacen la vida de las obreras más difícil que la de los obreros: largos jornales, salarios misérrimos, condiciones insalubres, disciplina férrea, ofensas de tipo sexual verbales y de hecho, usura, todas denunciadas en la prensa obrera a partir de los años setenta e incrementándose quejas y denuncias conforme pasa el siglo. Aquí ya encontramos las protestas de algunas mujeres que no solamente se lamentan sino que piden la intervención de las autoridades o de los empresarios para remediar la situación. Sin embargo, se encuentran ante la oposición de los hombres de su misma clase y sólo se oyen algunas voces entre ellos que llaman a los proletarios a la benevolencia hacia las trabajadoras y aún a su aceptación

dentro de la lucha sindical.

Los llamados para vencer la oposición masculina de los grupos obreros siguen un patrón similar y obedecen a razones parecidas a las que usaban los grupos de la clase dominante a favor de la educación de las mujeres: éstas no son enemigas y el obrero se beneficiará con su apoyo en sus intentos de cambio social. En ambos casos, la anuencia masculina es necesaria para que la mujer comience su emancipación, ya sea apoyada por la educación, ya por el trabajo.

Los pocos partidarios del trabajo asalariado de la mujer se dividen en dos grupos. Los que pretenden que solamente puede dedicarse a trabajos afines a su papel de ama de casa, o a su "frágil constitución", como profesorado, costura, modas, venta de artículos al menudeo, peluquería, cigarros, etc..., e impugnan incluso a los hombres que robaban a las mujeres dichas fuentes de trabajo. En el otro grupo, todavía más reducido, se encuentran los que sostienen que al darse a la mujer una preparación adecuada puede asumir cualquier tarea aunque sea reputada masculina por su rudeza o por su dificultad, y exhortan a las mujeres para que realicen estudios superiores. Sin embargo, el discurso de la liberación social de la mujer por y en el trabajo se ve refutado en la práctica por los hombres que la consideran competidora desleal.

Finalmente, hemos de terminar este trabajo sobre las ideas de la emancipación de la mujer en cuanto a su participación política y en concreto, su exigencia del voto. La única referencia que hemos encontrado sobre este tema es la de un autor en la prensa obrera, partidario de la educación de las mujeres, que considera el voto para la mujer como una locura de los países anglosajones, "gracias a Dios totalmente ajena a la idiosincracia nacional".

En conclusión, podríamos expresar que el Siglo XIX mexicano toma conciencia de una situación de inferioridad de la mujer en todos los ámbitos que se califica como "sufrimiento", causada por su ignorancia, básicamente. Proponer la educación ilustrada como meta de la mujer virtuosa en el hogar, que en caso dado pueda defender su patrimonio y educar a sus hijos sola, es obviamente un ideal para las clases altas y medias que no atiende a las necesidades de la mujer de la clase

trabajadora. La desesperanza del triste estado de la mujer, sobre todo de la "mujer pobre y decente" procura a muchos escritores de mediados de siglo un tema literario estético pero estéril. Renace la esperanza en el poder de la educación en la República Restaurada y sobre todo en el Porfiriato en que ya se denuncian claramente las explotaciones de la mujer en la familia, el matrimonio y el trabajo, buscando solucionar prácticamente el problema con la educación técnica de las mujeres. Pero aquí también vendría el desencanto en el caso de la educación de la mujer que no solucionaba su problema de falta de libertad, de dependencia económica, social y política: hacía falta algo más.

Todos estos conceptos son expresión del pensamiento masculino que debían plantearse para defender a las mujeres y convencer a sus congéneres de las bondades de cierto grado de emancipación de las mujeres. Estas todavía, salvo en contados casos, adoptaban el ideario masculino y aún no tomaban la palabra para hablar por sí solas de sí mismas.

Sin embargo, ya era un paso adelante por lo menos en las ideas, si bien no en los hechos

Bibliografía

- Arrom, Sylvia
1976 *La mujer mexicana ante el divorcio eclesiástico, 1800-1817*. México, SepSetentas.
- Carner, Francisca
1975 "Las mujeres y el amor en el Mexico del Siglo XIX a través de sus novelas" (1816-1868). Tesis de maestría, México, El Colegio de México.
- González Navarro, Moisés
1973 *El Porfiriato, vida social en: Historia Moderna de México*, vol. VII, México, Ed. Hermes.
- 1975 *La mujer y el movimiento obrero mexicano en el Siglo XIX. Antología de la Prensa Obrera*. México, Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano.
- Lavrín, Asunción. (Ed.)
1975 *Latin American Women. Historical Perspectives*. Westport Conn, and London, Greenwood Press.
- Tanck de Estrada, Dorothy
1977 *La educación ilustrada 1786-1836: Educación primaria en la ciudad de México*. México, El Colegio de México. (Centro de Estudios Históricos, Nueva Serie, 22).
- Vázquez de Knauth, Josefina
1975 *Nacionalidad y educación en México*. 2da. ed. corregida y aumentada, México, El Colegio de México.
- Vázquez, Josefina Zoraida et. al.
1981 *Ensayos sobre historia de la educación en México*. México, El Colegio de México.